



Dino Buzzati
El secreto del Bosque Viejo

Ilustraciones de Suso Cubeiro

El secreto del Bosque Viejo fue la segunda novela que escribió Dino Buzzati, y muchos de sus lectores la consideran una de sus obras más valiosas. Es un relato lleno de magia, imaginación y fantasía que puede hacer las delicias tanto de los niños como de los adultos. En él se nos dice que la poesía pasa por los ojos del niño, que por eso está capacitado para entender el bosque, su vida y todos sus elementos fantásticos y misteriosos. Muchos años después de publicar *El secreto del Bosque Viejo*, Buzzati dijo que para él los árboles eran como personas. Aquí los árboles no solo tienen vida, son seres sagrados. Esta edición incluye ilustraciones del dibujante gallego Suso Cubeiro, que quedó atrapado por la lectura de este libro único. Suso Cubeiro es un reconocido ilustrador, a quien gusta especialmente dibujar bosques, y sus dibujos tienen a menudo pequeños detalles que conviene observar con detenimiento.

Índice de contenido

Capítulo 1

Sobre el autor

Notas

Ilustraciones
de
SUSO CUBEIRO

Dino Buzzati nació en Belluno, cerca de Venecia (Italia), en 1906, y murió en Milán en 1972. Fue autor de novelas, cuentos y obras de teatro, escenógrafo y pintor, y trabajó durante casi toda su vida para el periódico italiano *Corriere Della Sera*. Es, en opinión de muchos, uno de los grandes escritores del siglo XX. Entre sus obras más conocidas destacan *El desierto de los Tártaros*, *Un amor* y *La famosa invasión de Sicilia por los osos*.

El secreto del Bosque Viejo fue la segunda novela que escribió Dino Buzzati, y muchos de sus lectores la consideran una de sus obras más valiosas. Es un relato lleno de magia, imaginación y fantasía que puede hacer las delicias tanto de los niños como de los adultos. En él se nos dice que la poesía pasa por los ojos del niño, que por eso está capacitado para entender el bosque, su vida y todos sus elementos fantásticos y misteriosos. Muchos años después de publicar *El secreto del Bosque Viejo*, Buzzati dijo que para él los árboles eran como personas. Aquí los árboles no solo tienen vida, son como seres sagrados.

Esta edición incluye ilustraciones del dibujante Suso Cubeiro, que quedó maravillado por la lectura de este libro único. Suso Cubeiro es un ilustrador a quien gusta especialmente dibujar bosques, y conviene observar con detenimiento los detalles de sus dibujos para que no se nos escape nada.

El secreto del Bosque Viejo

Capítulo I

Es sabido que el coronel Sebastiano Procolo vino a establecerse en el Valle de Fondo en la primavera de 1925. Su tío, Antonio Morro, le había dejado al morir parte de una enorme propiedad forestal, a diez kilómetros del pueblo.



La otra parte, mucho más extensa, la había heredado Benvenuto Procolo, un muchacho de doce años hijo de un hermano fallecido del oficial. Huérfano también de madre, el niño vivía en un internado situado a no mucha distancia de Fondo.

Hasta entonces, el tutor de Benvenuto había sido su tío abuelo Morro. A la muerte de este, el coronel pasó a hacerse cargo del muchacho.

En aquella época, y así fue casi hasta el final, Sebastiano Procolo era un hombre alto y delgado, con unos vistosos bigotes blancos y una fuerza descomunal. Tanto es así que, según cuentan, era capaz de romper una nuez con el índice y el pulgar de la mano izquierda. Hay que aclarar que Procolo era zurdo.

Cuando se retiró voluntariamente del ejército, los soldados dieron un gran suspiro de alivio, pues era difícil imaginar un comandante más rígido y meticuloso que él. La última vez que salió por el portón del cuartel, la guardia, como no sucedía desde hacía años, formó con especial celeridad y precisión. El corneta, que era el mejor del regimiento, se superó verdaderamente a sí mismo con tres magníficos toques de atención que se hicieron proverbiales en todo el destacamento. Y el coronel, con un ligero movimiento de los labios que pudo parecer una sonrisa^[1], fingió interpretar como una prueba de conmovido obsequio lo que en realidad era una manifestación de íntimo júbilo por su marcha.

Capítulo II

Morro, un pacífico terrateniente considerado el hombre más rico del valle, no había explotado gran cosa sus posesiones. Bien es verdad que había mandado abatir muchos árboles, pero solo en una reducida parte de sus bosques. La floresta más pequeña y más bella, el llamado Bosque Viejo, había sido totalmente respetada. Allí se encontraban los abetos más antiguos de la zona y tal vez del mundo. Desde hacía cientos y cientos de años no se había talado ni un solo árbol. El coronel recibió en herencia precisamente el Bosque Viejo, con una casa que había sido morada de Morro y una franja de otro terreno boscoso menor.

Morro, al igual que el resto de las gentes del valle, sentía por aquel bosque una auténtica veneración y, antes de morir, había intentado en vano que fuera declarado monumento nacional.

Un mes después de su muerte, en reconocimiento de sus méritos forestales, las autoridades de Fondo inauguraron, en el claro del bosque donde se encontraba la casa de Morro, una estatua del difunto tallada en madera y barnizada con vivos colores.

A todos les pareció realmente magnífica y con un gran parecido. Pero cuando, en la ceremonia inaugural, un orador dijo: «... es justo, pues, que de su obra quede un recuerdo imperecedero», muchos de los presentes se dieron con el codo y se rieron en voz baja: una estatua así se mantendría como mucho seis meses y luego se pudriría.



Capítulo III

Fue Giovanni Aiuti, hombre de mediana edad y antiguo capataz de Morro, quien fue a recoger al coronel Procolo a la estación, el día de su llegada, en un antiguo modelo de automóvil. No se puede decir que fuera muy cordial la primera conversación que mantuvieron. Más tarde, el buen Aiuti solía lamentarse de haberse mostrado quizá un poco impertinente en aquella ocasión.

—¡Es extraordinario! —dijo al coronel inmediatamente después de presentarse—. ¡No sabe usted lo que se parece al pobre Morro! Tiene la nariz idéntica a la de él.

—¿Ah, sí? —preguntó el coronel.

—Sí, parecidísima —explicó Aiuti—; se diría que es casi la misma, si no fuera porque...

—Parece que en este pueblo acostumbran a mofarse de la gente, ¿no? —repuso gélidamente el coronel.

—Tanto como acostumbrar... —respondió Aiuti con un gran embarazo—. Bien es verdad que de vez en cuando gastamos chanzas, pero Dios sabe que son pequeñeces sin mala intención.

Los dos se dirigieron de inmediato en el automóvil a la casa de Morro. Durante los dos primeros kilómetros, la carretera corría entre los campos de la vaguada del valle; luego subía entre praderas desnudas y más tarde se adentraba en un bosque ralo con árboles altos pero endebles. Tres kilómetros después llegaba a la casa, situada en una planicie con un amplio claro. Desde allí se veía, y todavía hoy se ve perfectamente, el célebre Bosque Viejo que, extendido entre

dos montes con forma de *panettone*, sube hasta lo alto del valle. Sobre la colina más alejada despuntaba un gran peñasco amarillo, de unos cien metros de altura, denominado el Cuerno del Viejo; desnudo y erosionado por los años, presentaba un aspecto siniestro, por lo que no inspiraba simpatías.



En aquel primer viaje, contó después Aiuti, el coronel encontró motivo para irritarse en tres ocasiones.

La primera fue porque en una curva muy escarpada de la carretera, un poco más abajo del claro, el automóvil se detuvo por falta de gasolina. Aiuti consiguió ocultar a Procolo, poco versado en motores de explosión, la verdadera razón por la que el coche se había parado. Dijo que siempre le sucedía lo mismo en aquella cuesta, porque el automóvil era muy viejo y no estaba para muchos trotes^[2]. El coronel no protestó, pero tampoco disimuló su enojo:

—¿Y Morro cómo hacía? —preguntó.

—Morro —respondió Aiuti— tenía una yegua y una calesa. La yegua, cosa extrañísima, murió justo al día siguiente de fallecer su dueño. Era un animal muy afectuoso.

El segundo enfado del coronel tuvo lugar a los pies de un gran alerce completamente seco. Mientras los dos avanzaban a pie, habían oído un graznido en lo alto del árbol. Al mirar hacia arriba, Procolo había visto un pájaro negro de gran tamaño posado en una de las últimas ramas.

Aiuti explicó que se trataba de la vieja urraca guardiana a la que el pobre Morro tenía en gran estima: pasaba día y noche encima del árbol y, cuando alguien se acercaba, avisaba a los que vivían en la casa. De hecho, el graznido se oía incluso a gran distancia. La habilidad del pájaro consistía en que solo daba la voz de alarma en el caso de que alguien subiera a la casa; a los que bajaban, el animal no les daba ninguna importancia. Era un magnífico centinela.



Procolo dijo enseguida que aquel asunto no le gustaba. ¿Qué garantía podía ofrecer un pájaro semejante? El tío debería haber puesto allí a un hombre si quería señales seguras. Y además aquel bicho en algún momento descansaría; ¿cómo podía, pues, vigilar mientras dormía? Aiuti señaló que la urraca por lo general dormía con un ojo abierto.

—Bueno, bueno... —dijo entonces el coronel Procolo, poniendo fin a la discusión, y se echó de nuevo a andar golpeando con su bastón en el suelo, sin echar ni siquiera una ojeada a aquel bosque que comenzaba a ser suyo.

La tercera vez que Procolo se irritó fue cuando llegó a la casa. Era un edificio antiguo, bastante complicado, que incluso se podría haber calificado de pintoresco.

Lo primero que llamó la atención del propietario fue una veleta de hierro colocada sobre una chimenea.

—Es una oca, ¿verdad? —preguntó.

Aiuti admitió que la veleta tenía forma de oca; la había mandado hacer Morro hacía unos tres años.

A propósito de eso, el coronel dijo que, bajo su punto de vista, en aquella casa se imponían algunos cambios.

Por fortuna llegó un ligero soplo de viento, de esos que casi nunca faltan en los bosques de cierta extensión, y el coronel pudo comprobar que la oca, al girar, no producía el menor ruido. Esa constatación pareció tranquilizarle un poco.

Mientras tanto, Vettore, el criado del tío Morro, de unos sesenta años, había salido de la casa para anunciar al coronel que, con todos sus respetos, el café estaba servido.